

Radiación

Sergio Gabriel Carbia¹ y Natalia Jorro Ciuffo²

Cornualles, 1900

A veces, en momentos de mayor debilidad, Rose se permitía imaginar cómo podría ser su vida si no supiera su final, si el futuro se extendiera frente a ella, indefinidamente, una larga carretera con vueltas y más vueltas que no podía anticipar.

Esperando el próximo e inevitable episodio que la llevara más cerca de El Fin, esperando que la próxima dolencia fuera un poquito más interesante que la anterior. Algo con menos dolor y mayor recompensa. Como la vez que se había tragado el dedal de mamá.

El episodio con el dedal había resultado bien, después de todo. El doctor había sido llamado de inmediato, un nuevo médico joven que empezaba a ejercer en el pueblo. La revisó y auscultó e hizo lo que hacen los doctores, antes de hacer una temblorosa sugerencia respecto de una nueva herramienta de diagnóstico que podía serles de utilidad. Tomaría una fotografía que le permitiría observar dentro del estómago de Rose sin tener siquiera que levantar un escalpelo. Todos habían quedado satisfechos con la sugerencia: su padre, cuya experiencia con la cámara significó que fuera llamado para tomar la nueva fotografía; el doctor Matthews, porque fue capaz de publicar las fotos en una revista especializada llamada *Lancet*; y su madre, porque la publicación generó una oleada de excitación en sus círculos sociales.

En cuanto a Rose, el dedal fue expulsado (muy indecorosamente) unas cuarenta y ocho horas después y pudo regodearse en el conocimiento de que por fin había sido capaz de satisfacer a Padre, aunque sólo fuera brevemente.

Cornualles, 2005

Todavía no entiendo –dijo Ruby–. ¿Cómo sabes que Rose era infértil a partir de este artículo?

–La exposición a los rayos X. No hay forma de que sus óvulos hubieran sobrevivido.

–Eso es terrible. ¿Por qué tuvo que hacerle la radiografía?

–Probablemente quería estar entre los primeros en hacer uso de esa nueva y brillante tecnología, disfrutar del honor de ser publicado. No había motivos para tomar una placa radiográfica, la niña sólo se había tragado un dedal.

–¿Quién no lo habría hecho?

–¿Pero por qué una exposición de una hora? Eso no debía haber sido necesario.

–Claro que no lo era. Pero entonces la gente no lo sabía; esos tiempos de exposición eran comunes.

–Supongo que pensaban que si obtenías una buena imagen en quince minutos, tendrías una mucho mejor en una hora –razonó Ruby.

Fecha de recepción: 17/08/2014 | **Fecha de aprobación:** 29/08/2014

¹ Docente adscrito en Dermatología (UBA)

² Médica especialista en Dermatología (UBA)

Correspondencia: Sergio Gabriel Carbia. 12 de octubre 1027, Quilmes, Buenos Aires, Argentina
sergiocarbia67@gmail.com



–Y fue antes de que se conocieran los peligros. Los rayos X fueron descubiertos en 1895, así que el doctor Matthews estaba siendo muy avanzado en usarlos. Al comienzo la gente pensaba que eran buenos, que podían curar el cáncer, las lesiones en la piel y otras enfermedades. Las quemaduras eran suficientemente obvias, pero pasaron años antes de que la total extensión de los efectos negativos fuera conocida.

–Eso es lo que eran las marcas de Rose –dijo Cassandra–. Cicatrices de quemaduras.

–Junto con el achicharramiento de sus ovarios, la exposición a los rayos X ciertamente le habría quemado la piel.

Kate Morton (Australia, 1976)

Aficionada de niña a las lecturas de autores de novelas góticas de corte victoriano como Charles Dickens o Emily Brontë, decidió dedicarse a la literatura, y tras estudiar en el Trinity College de Londres (Inglaterra) y en la Universidad de Queensland (Australia), comenzó a escribir la historia de su primera novela en 2006.

Sus novelas, muy exitosas en ventas, por orden de aparición son: *La casa de Riverton*, *El jardín olvidado*, *Las horas distantes* y *El cumpleaños secreto*.

El jardín olvidado comienza en 1913 con una niña olvidada en un barco, que pasa al cuidado de una misteriosa mujer, la autora, la cual luego desaparece. Adoptada por una familia, crecerá con el nombre de Nell, enterándose que no son sus padres biológicos a los 21 años, por lo que viaja en busca de sus antepasados a la costa de Cournalles. A su muerte, su nieta Cassandra recibe una herencia (una cabaña y un jardín en Cournalles), donde descubrirá la verdad sobre la familia y resolverá el misterio, un siglo después, de la niña abandonada.

Esa obsesión de relacionar personajes del pasado que ya no están pero que condicionan la vida de sus sucesores, el nuestro, resulta el eje central de sus novelas. Ha expresado: “¡Sospecho que todo eso de cartas perdidas, diarios secretos y confesiones lo escribo porque nunca me sucedió a mí! Bueno, todas las familias esconden sus cosas”.

Bibliografía

Morton K. *El jardín olvidado*, 9ª edición, SUMA de Letras, 2011, 241-242, 450-451.